solo, abandonado á sus propias fuerzas, y lo que era más deplorable, rodeado de traidores. Era general la creencia de que en cuanto se retiráran las tropas francesas, Maximiliano no podria conservarse en el trono ni siquiera seis meses, como así sucedió en efecto.

Al mismo tiempo el gobierno anglo-americano continuaba mostrándose muy favorable á la República de Méjico, y declaraba que solo aceptaría el Imperio, cuando entregado á sus propios recursos, se patentizará la voluntad del país. Nadie dudaba por otra parte que si una guerra general estallaba en Europa, los Estados-Unidos aprovecharian la ocasion para anular por completo el influjo de la Europa en América; y los mismos que antes negaban toda importancia al gobierno y pueblo americano, empezaban á preocuparse de la actitud que manifestaban.

No debe estrañarse por tanto, que en presencia de un horizonte tan sombrío, pasára por la mente de Maximiliano la idea de abdicar la corona, cuyo peso iba haciéndose superior á sus fuerzas. Así parece que lo manifestó á Napoleon III, si la Francia no le concedia al ménos su apoyo financiero; pero el gobierno francés desechó su peticion, y envió al mariscal Bazaine instrucciones para organizar un plebíscito libre, en el caso de que el Emperador Maximiliano llevára á cabo su proyecto de abdicacion, del cual pudo disuadirle al fin la Emperatriz Carlota.

Creía esta, y con ella muchos de los personajes adictos á Maximiliano, que no habia llegado el momento de abdicar. Para creerlo así se fundaban en que mientras la ocupacion francesa habia sido indeterminada, el país había vivido en esa especie de indiferencia que dá la seguridad; pero que desde el momento en que la evacuacion habia llegado á ser un hecho irrevocable, el espíritu público debia despertarse considerando los resultados de esta medida. «Por una parte, decian, el país verá abrirse á sus pies un abismo inmenso; la destruccion de la propiedad, los asesinatos políticos tomando las proporciones de una mortandad espantosa; de otra, un príncipe activo, inteligente, religioso y liberal, que no pide al poder más que la satisfaccion de sacrificarse por el público. No se vacila entre la vida y muerte. Hoy más que nunca, el Imperio tiene á su lado la propiedad, la familia, es decir todo el país, porque todo el país tiembla ante la idea de que vuelva el poder á manos de Juarez, de Ortega ó de Santana y de sus satélites.» Pronto veremos cuán erróneas fueron estas apreciaciones, y cuán infundadas estas esperanzas.

CAPÍTULO IV.

Conspiracion de 15 de Julio.—Deportaciones al Yucatan.—Cartas encontradas entre los papeles de los conspiradores.—Se comprueba que el alma de la conspiracion era el general Santana.—Poderes que dió este general al coronel Mazuera.—Cambio en la política imperial.—Nuevo ministerio.—Viaje de la Emperatriz Carlota á Europa.—Sus negociaciones inútiles cerca de Napoleon III.— Mision del general Castelnau en Méjico.— Progreso de los republicanos.— Se apoderan de Monterey y del Saltillo.—Capitulacion de Tampico.—Espediciones que se organizan en los Estados-Unidos.—Juarez en Monterey.— Bloqueo de Matamoros.— Proclama del presidente de los Estados-Unidos declarando nulo el bloqueo.— El general Santana ofrece sus servicios al gobierno republicano: Juarez rechaza sus ofertas.—Medidas del gobierno imperial.—Declara en estado de sitio á varios departamentos. —Convenio de 30 de julio entre Francia y Méjico.

I.

Desde que se supo en Méjico la noticia oficial de la retirada de las tropas francesas, nadie se hacía ilusiones sobre el desenlace de la guerra y sobre la suerte del Imperio, cuya caida debia decidirse en poco tiempo. El triunfo de la República parecia inevitable, y muchos de los que habian alcanzado ú ofrecido sus servicios al Imperio, cuando el Imperio parecia asegurado, se apresuraron á conspirar contra él, ya con objeto de rehabilitarse ante la República, cuya restauracion inmediata se presentía, ya para esplotar en provecho suyo el nuevo órden de cosas que rápidamente se acercaba. Pompeyo decia una gran verdad, sancionada por la historia de todos los tiempos y de todos los países, cuando dijo atrevidamente á Sila: «el sol que nace, tiene más adoradores que el sol que se pone.»

En la misma capital del Imperio se conspiraba descaradamente contra el Emperador. La conspiracion, cuyo principal instigador

Garcia, dib.º y lit.º

VISTA DE TAMPICO,
tomada desde el Lago.

Lit. de N. Gonz.z Jacometrezo 44, Madrid.

resultó ser el general Santana, era conocida de Maximiliano desde mucho tiempo atrás; pero segun su costumbre, no tomó medida alguna para contener sus progresos; esperando asociar los conspiradores á su causa, mostrándose benévolo é indulgente con ellos. No obstante, cuando vió que una parte de los que le rodeaban iban entrando uno en pos de otro en la conspiracion, resolvió dar un gran golpe y detener el oleaje creciente de la traicion.

El domingo 15 de Julio de 1866, á las cuatro de la mañana, un fuerte destacamento de tropas cercó la casa de uno de los principales conjurados y practicó un registro escrupuloso. Fueron allí presos 42 conspiradores que estaban celebrando un conciliábulo, y entre ellos se contaban los generales Parra, Zamacona, Ignacio Ramirez, Cruz, Kamphner, Echevarría y otros, así como los padres Chavarría y Ordoñez, este último hijo natural de Santana, y otras varias altas notabilidades civiles. Los papeles y documentos ocupados en la casa, probaron claramente que la conspiracion tenia grandes ramificaciones, y que los conjurados eran en su mayor parte adictos á Santa Ana. En la madrugada del 17, un destacamento de tropas imperiales ocupó el palacio, y procedió al arresto de tres miembros del gabinete y once funcionarios imperialistas de la más alta categoría.

Al dia siguiente, todos los conspiradores fueron deportados al Yucatan, y el Emperador declaró que en lo sucesivo las leyes serían estrictamente observadas. Díjose en los primeros momentos, y así lo anunciaron las correspondencias llegadas de América, que el Sr. Lacunza, ministro de Estado, aparecia tambien complicado en la conspiracion; pero no tardó en desmentirse esta noticia, apareciendo plenamente probada su inocencia en la siguiente carta que por aquellos dias le dirijió el Emperador:

«Mi querido presidente: En los momentos en que se disuelve el ministerio que tan dignamente habeis presidido, tenemos especial satisfaccion en daros un público testimonio de nuestro profundo reconocimiento, por los eminentes servicios que tanto vos como vuestros colegas Escudero y Somera habeis prestado á la patria. Esperamos que la nacion continuará aprovechando los consejos de inteligencias tan patrióticas y distinguidas. Recibid la seguridad de mi benevolencia.—MAXIMILIANO.—Palacio de Méjico 26 de Julio.»

Los presos, en lo general personas de escasa influencia en el ejército y en el país, pertenecian, segun se dijo, á dos partidos distintos, el de Santana y el de Ortega. Cada cual trabajaba por su cuenta, y ambos con el objeto de destronar al Emperador Maximiliano, y proclamar jefe de la República á uno de aquellos jefes.

La participacion del ex-presidente Santana y de Ortega, apareció plenamente probada en los documentos que publicó el diario oficial de Méjico. En una carta que desde los Estados-Unidos dirijia Santana al canónigo Ordoñez, que pasaba por hijo natural del dictador, despues de revelarle el plan de la conspiracion y de indicarle se dirijiera á diferentes personas, concluia así:

«Tan pronto como le vea Vd. más favorablemente dispuesto, yo le escribiré, y espero que su corazon de mejicano y de..... escuchará la voz de un hombre, que, como yo, ha sido el defensor de la independencia de la patria y el celoso apoyo de la religion y de las prerogativas del sacerdocio. Pero á Vd. corresponde el preparar su espíritu, á fin de que nuestras cartas no sean aventuradas y fuera de propósito.

»Todas las probabilidades humanas nos presagian el logro de nuestro fin. Sería largo entrar aquí en pormenores. Puede usted estar seguro y asegurar á nuestros enemigos, que, antes de morir, habré hecho á mi país el último servicio que tiene derecho á esperar de mí. Cuídese Vd. bien, porque su salud nos interesa en alto grado, y disponga del afecto de su amigo, A. L. DE SANTANA.»

Una segunda carta de D. Guillermo Prieto, el agente de Ortega, decia lo siguiente:

«Conociendo á Vd. y los elevados sentimientos que abriga, el general Ortega me ha encargado que le escriba para que represente su persona en esta poblacion, situada fuera de Méjico.

»El general, unido á los Sres. Huerta, Negrete, Patoni, Berriozabal y otros patriotas, se presentará en la República con escelentes elementos para imprimir á las operaciones